



Johan
Cruyff

Me gusta el fútbol



JOHAN CRUYFF WELFARE FOUNDATION

Johan Cruyff fue una de las personas más respetadas del mundo del fútbol. Su trayectoria primero como jugador y luego como entrenador ha marcado una época en el fútbol, y ya nadie discute su originalidad, su inteligencia y su enorme talento. Sus incondicionales y también sus detractores coinciden en una sola cosa: nadie sabe más de fútbol que él. En este libro intenso y apasionado, Cruyff repasa los secretos de este deporte, nos ayuda a entenderlo, sobre todo, a disfrutarlo.

Índice de contenido

Cubierta

Me gusta el fútbol

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Sobre el autor

1

El fútbol consiste básicamente en dos cosas. Primera: cuando tienes la pelota, debes ser capaz de pasarla correctamente. Segunda: cuando te pasan la pelota, debes tener la capacidad de controlarla. Si no la controlas, tampoco puedes pasarla. En el campo, estos dos aspectos del juego son los más importantes, ya que nunca debemos olvidar que el fútbol es un deporte que implica muchos fallos y en el que los aciertos pueden llegar a tener tanta trascendencia como los errores.

El balón te puede llegar a los pies, a media altura, al pecho o a la cabeza, por eso es muy importante atesorar la técnica suficiente para poder controlarlo del modo más eficaz, en función de las circunstancias específicas derivadas del juego. Así, al tener todos los instrumentos a su alcance, el jugador podrá tomar la mejor decisión en función del contexto en que se encuentre en cada momento.

Si, por las razones que sean, no puedes controlar una pelota que te llega en determinada posición o a según qué velocidad, no podrás empezar siquiera a desarrollar tu juego, así que tanto el rendimiento colectivo como el espectáculo se resentirán. Por desgracia, estas cosas se trabajan cada vez menos en los entrenamientos y en el fútbol teórico debido a varios factores educativos, sociales o simplemente de mentalización. A mi modo de ver, jugar bien consiste en ejecutar correctamente todos los movimientos.

Si un desplazamiento de balón requiere determinada velocidad y cierta precisión, debes tener la capacidad de

realizarlo sin fallos y en el momento justo. En el fondo, ejecutar bien consiste en realizar todos los movimientos de un partido adecuadamente. El ritmo del balón, el control, cómo lo pases, la posición, los centros... son factores decisivos que hay que manejar con la técnica suficiente para que su ejecución sea un éxito.

Sin duda, una de las razones de la falta de calidad técnica en muchos jugadores tiene que ver con el lugar en que los jóvenes aprenden a jugar al fútbol. En mis tiempos, la academia más popular para descubrir los secretos de este deporte era la calle. Los niños a los que nos gustaba jugar a la pelota con los pies aprendíamos en las calles y plazas de nuestros barrios. Pero no solo nosotros. Los jóvenes mayores que nosotros también. E incluso los adultos. Al terminar el trabajo los que trabajaban, o al salir de clase los que estudiaban, se encontraban en la calle para practicar su deporte favorito.

No existía el profesionalismo tan extendido en nuestros días y, salvo algunas diferencias, todos entrenaban a la misma hora. Estoy hablando de otros tiempos, que conste. Hay que tener en cuenta que yo, por ejemplo, fui el segundo jugador de fútbol profesional en Holanda, después de mi amigo Keizer, con quien tantas experiencias viví en el Ajax y en el equipo nacional holandés.

Como decía, durante el día se trabajaba o estudiaba y por la tarde se jugaba. Allí, en aquellas calles convertidas en improvisados campos de entrenamiento, los más pequeños podíamos aprender. ¿Cómo? Mirando e imitando lo que hacían los mayores. Estoy convencido de que esa misma escena se repetía en multitud de otras ciudades del mundo, en todos los continentes, en todos los países.

En los últimos años hemos intentado recuperar este espíritu de fútbol callejero. Por ejemplo, recuerdo que, en un torneo de fútbol de calle para niños que montamos en Ámsterdam, con muchísimo público y una gran expectación en el último momento nos quedamos sin porterías por un

problema de organización. Parecía que no podríamos jugar y que deberíamos suspender aquella fiesta que tanta ilusión había despertado entre los participantes hasta que a alguien se le ocurrió colocar dos camiones de bomberos en lugar de porterías, que nos sirvieron perfectamente.

¡Cuantos niños no han utilizado las carteras, las mochilas, los abrigos o unas simples piedras para marcar la portería! Este detalle, y tantos otros parecidos, nos demuestran que no siempre es necesario tener todos los elementos y que las carencias se suplen con imaginación e ilusión.

2

Pero volvamos a la enseñanza del fútbol. Cuando yo empezaba, los más pequeños podíamos aprender porque siempre había algún jugador mayor que nosotros que se quedaba para enseñarnos sus trucos, corregirnos algunos errores y compartir alguno de sus secretos con nosotros. Siempre he pensado que el mejor método para enseñar a un niño a jugar al fútbol no es prohibir sino guiar. No se trata tanto de impedirle hacer lo que le guste como de completar su información o mejorar su calidad.

Por más que evolucionen las tecnologías y los métodos pedagógicos, por más que se publiciten los tratados científicos del fútbol, por más que se intente convertir el fútbol en una ciencia exacta y previsible, perfecta e infalible a base de machacar con discursos tácticos y retórica de pizarra, sospecho que la mejor escuela sigue siendo la transmisión oral y práctica del conocimiento a través de jugadores de distintas edades. Y lo importante es que esa transmisión de conocimiento se produzca de futbolista a futbolista, ya que ambos hablan el mismo idioma y, por tanto, pueden llegar a entenderse y sintonizar. Si no hablas el mismo idioma que tu entrenador, difícilmente puedes aprender nada.

Una de las cosas que observé siendo niño es que quienes más disfrutaban enseñándote algo eran los que mejor dominaban el balón. En cambio, los que solo era capaces de entrarle al rival, plantarse en medio del campo y hacer obstrucción o pegar patadas no tenían nada que enseñar (aunque, me temo, mucho que aprender). Al contrario que

aquellos espontáneos entrenadores vocacionales y enamorados de la buena técnica, que decían: «Mira, chaval, tócala así y verás cómo va». Y de ese modo, escuchando sus consejos, probando y rectificando, aplicando sus observaciones, ibas aprendiendo los efectos, la parábola, a amortiguar una pelota que te llegaba desde arriba, a mover la cabeza y situar el resto del cuerpo para rematar, a buscar un espacio libre, lo que fuera...

Esa es una forma de enseñanza, pero, por desgracia, las cosas parecen haber cambiado bastante desde entonces. Hoy en día, incluso los entrenadores de los futbolistas más jóvenes han estudiado para ser entrenadores. Pero son enseñadores en el sentido de enseñar además de entrenar. Pueden decirte que le pegues con la izquierda, vale, muy bien. Pero si no te enseñan a cómo demonios pegarle con la izquierda, ¿de qué te sirve? ¿Y sabes por qué no te lo explican? Pues muy sencillo, porque no saben. Y si tú no tienes la técnica para enseñarla, ¿de qué puñetas vas a hablar? Pues de aspecto físico y todas estas cosas que son importantes, de acuerdo, pero resultan secundarias si las comparamos con la técnica.

En cambio, si estás entrenando a un chaval y le puedes explicar cómo debe tocar el balón, con qué parte del pie, en qué posición ponerse para golpearlo, qué precauciones tomar si se le acerca un rival, qué circunstancias ha de tener en cuenta, cómo debe ser de rápido al ejecutar, podrá entrenarse luego por su cuenta, copiar, imitar, insistir, repetir, mejorar, aprender, pulir y luego adaptar y aplicar estos conocimientos a su propia manera de jugar, a su propia personalidad futbolística. Repito, si tú no sabes hacerlo, no puedes enseñarlo. Y entonces empiezas a hablar de otras cosas que, por muy importantes que sean, nunca lo serán tanto como la técnica. Así, poco a poco, olvidándose de los detalles, te vas alejando de lo esencial, del meollo de la cuestión. Y ese es el problema del fútbol actual.

Sé, por supuesto, que no es fácil romper esa inercia. Todos los entrenadores, incluso los de las categorías inferiores, necesitan papeles, cumplir requisitos y pasar por los organismos oficiales correspondientes. Esto viene impuesto desde arriba, así que resultará muy difícil romper esta jerarquía. Y eso no significa que yo esté totalmente en contra de este conducto reglamentario y oficial, ni mucho menos, porque todo lo que aprendes siguiendo este sistema también sirve para algo. Pero es una lástima que se estén olvidando cada vez más los otros aspectos. Y me temo que hay bastante vida más allá de lo que se enseña en general.

Por eso siempre he querido encontrar el modo de enseñar esas cosas. Entrenando, por supuesto, pero también a través de las clases de fútbol, mediante másters para entrenadores o, simplemente, con un CD-ROM o un juego de PC en el que aparezcan todos esos elementos y tú, luego, puedes practicar en casa. Así, cualquiera podrá acceder a ellos e interpretarlos a su manera. Que le cuenten a un joven que no sabe darle con la izquierda cómo se hace y que baje al jardín o a la calle e intente repetirlo.

Hace unos años, recuerdo una conversación que tuvimos con Jorge Valdano sobre el fútbol. La conversación se publicó en El País (3 de junio de 1996) y eso fue lo que dije sobre el fútbol base. En lo fundamental, sigo pensando lo mismo: en un club grande como el Barcelona o el Real Madrid, el entrenador de un equipo de fútbol base, ¿qué es?, ¿entrenador o pedagogo? Si es entrenador, quizás algún día quiera ascender como entrenador. Esto quiere decir que ya vive de los resultados. Y él no tiene que vivir de eso: tiene que exigir el resultado como enseñanza. Lo que está pasando se ve enseguida: la calidad técnica ha disminuido en los últimos veinte años. Pero estoy totalmente en contra de que los entrenadores de fútbol base necesiten papeles para ejercer su trabajo.

¿Quién tiene que entrenar? El chico del pueblo de al lado que ha jugado toda su vida al fútbol y ahora quiere en-

señar a los chicos. No uno que ha estudiado, porque este señor invierte su tiempo en subir la escalera. ¿Y cómo se sube la escalera?

Ganando. Si tú eres directivo, no ficharás como entrenador a uno que ha dejado su equipo juvenil en cuarta posición. Pero a mis ojos, quizá sea ese el mejor entrenador.

3

Por supuesto que, tal y como se han puesto las ciudades, resulta difícil encontrar calles en las que se pueda jugar. Sobre todo en los grandes núcleos urbanos, que han sido invadidos por el tráfico. Pero existen otras fórmulas. Por ejemplo, se pueden organizar torneos escolares, competiciones en los barrios con apoyo institucional de los ayuntamientos, partidos en las playas... si quieres, puedes. Por lo que a mí respecta, intento organizar torneos de calle, fútbol de calle, con seis jugadores por equipo. Lo hago precisamente para combatir a los que, con su limitada y mecánica manera de entender las cosas, se están cargando el fútbol, y también para recuperar ese espíritu primigenio.

Tal como lo tengo diseñado, cada equipo se compone de seis jugadores: un portero y cinco jugadores de campo. Solo hay tres reglas. El número de jugadores no es casual. He observado que con menos de seis, no hay circulación del balón y resulta más fácil imponer una rigidez defensiva. Con siete jugadores, en cambio, los pongas como los pongas, siempre queda uno libre. Seis me parece el número ideal de jugadores, porque requiere mayor concentración, adaptarse rápidamente a cada circunstancia del juego, buscar apoyos rápidos y cortos, ofrecerse, intervenir, tomar decisiones, sin que puedas desentenderte de lo que está pasando o ausentarte durante unos minutos.

Las dimensiones del campo están a mi número 14, que es más o menos el equivalente a medio campo de reglamento. Las normas son muy simples. El portero nunca debe

pasar la pelota más allá de medio campo, aunque puede jugar y, si le da la gana, incluso marcar un gol. Eso facilita el juego y obliga al portero a aprender a jugar, mover la pelota; integrarse en el desarrollo del fútbol creativo.

Así combatimos esa tendencia a poner un troco de portero, que ocupe mucho espacio y se limite a dar patadones hacia adelante. De lo que se trata es de jugar a fútbol. De no ser así, pondríamos a un tío alto y grande delante, castaña por arriba, y ya está, que sea lo que Dios quiera. Pero, afortunadamente, para los que lo practican y también para los espectadores, no se trata de eso.

Segunda norma: todas las faltas deben ser siempre indirectas. Me interesa que las faltas también formen parte del juego, no tanto que sepan pegar una castaña. Ya podrán entrenar luego esa técnica, si quieren y tienen calidad, ya mejorarán por su cuenta. Pero lo interesante es que, incluso con una falta, tengan que pensar y tomar decisiones, crear una jugada, inventar. Por cierto, hablando de faltas, en los entrenamientos, cuando yo era entrenador del Barça, recuerdo que jugábamos con Koeman o con Stoichkov no a meterla dentro —eso era demasiado fácil— sino a tocar el larguero u uno de los postes precisamente para aumentar la precisión del disparo. Y hacíamos apuestas, claro. Cada acierto, cinco mil pelotas, a pagar a tocateja.

En el fútbol de calle, me interesa que la falta sea indirecta para que el juego no se interrumpa, siga, y el ritmo sea más alto. Y, finalmente, tercera norma: a los tres córners, penalti, para poder practicar dos tipos de jugadas y darle más variedad y emoción al juego.

4

Lo que más me gusta del trabajo de entrenador es que te proporciona la posibilidad de sacar el mayor rendimiento de una calidad técnica individual. Eso es lo que más me gusta. Un jugador se destaca por la técnica, otro va bien de cabeza, otro dispara desde fuera del área, otro es rápido por las bandas, pero ¿cómo sacar el máximo provecho de toda esta diversidad de cualidades y conseguir aunarlas en un objetivo común? Hoy en día, en cambio, parece que todo el mundo haga lo mismo.

Y, automáticamente, acabas perjudicando a todos los jugadores porque la calidad es un fenómeno individual. No podemos olvidar que cada cual vive el fútbol a su manera y disfruta con cosas diferentes, haciendo cosas distintas. Y eso, a la larga, rebaja el nivel de calidad, la variedad de estilos y, por extensión, empobrece el espectáculo.

Actualmente hay pocos jugadores de gran calidad. En mi opinión, el problema radica en que, como ya he dicho antes, hay poca técnica pero, además, existe muy poco amor al arte. Muchos parecen obsesionados por convencernos que todo está en un libro. Cómo tienes que correr para entrar y saltar, cómo tienes que replegarte, controlar, lanzar una falta o un saque de esquina... pues yo me rebelo contra ese manual de instrucciones para futbolistas porque creo que cada individuo es diferente y, por lo tanto, tiene algo diferente. La base de todo radica en que los niños disfruten jugando al fútbol, no en que lo aborrezcan, y ver la calidad de ese niño que puede llegar a lo más alto como

una inversión de futuro, como la posibilidad de poder disfrutarla más adelante.

Hace unos meses, por ejemplo, en Holanda se decidió que todos los equipos *amateurs* tuvieran un entrenador titulado. Cuando me preguntaron «¿qué te parece la medida, Johan?», no pude evitar responder: «fatal». ¿Por qué? Pues porque ese entrenador no hace más que aplicar lo que dice el libro del cursillo de turno. ¿Por qué no permitir que, en las categorías inferiores, sean los chicos mayores que tocan la pelota y están enamorados del fútbol los que enseñen? Esos que, además de transmitirles la técnica, les transmiten también el amor y el respeto por el fútbol y sus detalles.

¿Que hace un entrenador profesional y titulado? Pues lo lógico: intentar ganar como sea para ascender en el escalafón y obsesionarse por el resultado porque tiene que hacer méritos para subir. Y que conste que me parece correcto que, a partir de determinada edad, se deje la dirección de los equipos en manos de entrenadores profesionales. ¡Pero ponlo a partir de los catorce años, no antes! ¡Déjalos jugar, puñetas! ¡Que disfruten! Claro que yo no soy el más indicado para hablar de eso, ya que me salté hábilmente el conducto reglamentario y conseguí entrenar sin título, aunque para ello tuviéramos que inventarnos aquel cargo de «director técnico».

Por otro lado, creo que es bueno hacer excepciones. En Holanda, por ejemplo, los jugadores que han destacado por su historial como profesionales tienen ciertas facilidades para entrenar, lo cual me parece absolutamente lógico.